

## DISCURSO DE RECEPCION

Por VÍCTOR E. CARO

Me habéis hecho caer en la tentación, señores Académicos, porque me habéis ofrecido en primer término, como dádiva magnífica, el sillón que no ha mucho dejó vacante entre vosotros un varón eximio por sus virtudes, por su talento y servicios; y porque al hacerme merced tan señalada y al franquearme liberalmente la entrada de este suntuoso palacio, le habéis abierto de par en par a mi corazón las puertas de un sagrado recinto, rincón de mis antiguos lares y patria de mis afectos, donde no hace mucho que se alzaba la pobre

*casa paterna que algún día,  
cual roca aislada en temporal deshecho,  
supo alojar debajo de su techo  
todas las prendas de la vida mía.*

A vuestra benévola invitación se ha unido el llamamiento de venerandas sombras, el encanto del sitio, el recuerdo de cosas humildes pero santas, la voz ya lejana de los muros y de las piedras, de los desnudos techos que enseñaban su recio costillaje y de los rugosos tejados, de amplio y sombroso alero, donde ya apuntaba la triste lama otoñal, que es como las canas de las casas.

Por un fenómeno mental, análogo al de la refracción física que nos permite continuar contemplando los objetos luminosos después que han desaparecido tras el horizonte, aun me parece que palpo y veo con los sentidos del alma, mi modesta vivienda, "esa tosca vivienda de eremita", que había ido adquiriendo con los años la fisonomía moral de sus habitantes. Aun percibo el olor del alegre jardincillo cultivado por amadas manos que ya sentían la atracción de la tierra. Allí está la pequeña sala donde se refugió un corazón digno y entero en días de dolorosa crisis para la patria; y el corredor cubierto de enredaderas y poblado de meditaciones que descendían como celeste maná sobre una mente privilegiada; y la selecta y bien abastada biblioteca, lugar de estudio y recogimiento, de silencio y de paz, donde se respiraba el aroma de la antigüedad escrita. Allí está la mesa sobre la cual corrió la pluma que trazó las páginas inmortales de *La Civilización*, la alta y descarnada mesa de trabajo de José Eusebio Caro, a la cual, tras largos años de lejana ausencia se acercó el hijo en los últimos de su glorioso ocaso, como movido de superior impulso; y al contacto de ese viejo mueble cobró el luchador bravas energías, vis-

tióse su espíritu de remozadas galas, y despertaron en el órgano magnífico de su inteligencia nuevos y no sospechados registros y cañones, que dieron regaladas cadencias a los arpegios de sus versos y profundas sonoridades a los estupendos acordes de su prosa. Sobre esa mal labrada tabla nacieron piezas y documentos políticos que resonaron como rugidos de león; de allí alzaron el vuelo las religiosas estrofas del *Canto a la Paz* y del *Homenaje de la Palabra al Silencio*, y allí durmieron, en espera de mejores días, las versiones y comentarios latinos de la *CanCIÓN a las ruinas de Itálica*, página admirable, broche de oro con que Caro cerró el libro de su obra literaria, que se había abierto con las traducciones y comentarios castellanos de los más altos poetas latinos.

Bajo de este mismo sitio, desde el cual os hablo ahora, había uno, tibio y perfumado, que se robaba a las miradas indiscretas y que se hallaba como envuelto en una penumbra ultraterrena. Allí una silla antigua, algunas labores de mano y, entre escogidos libros, uno de aquellos ya viejos

—*devocionarios*  
que no llevamos al templo  
por andar tan mal traídos  
que mostrarlos no podemos,  
y cuyas páginas guardan  
nuestros mejores recuerdos.

Las palabras que en ese sitio se pronunciaban no sonaban a cosa peregrina y extraordinaria, pero jamás se olvidaban. Los consejos que allí se recibían eran de inspiración divina. Las oraciones que de allí se elevaban tenían el poder de desviar el rayo y desatar la tormentosa nube en mansa lluvia de bendiciones. Era aquel el asiento habitual de Cintia, la musa de Caro, modelo apacible de virtudes cristianas y ornato de su familia; de Cintia, la que con suavísimo imperio regía la casa y gobernaba los corazones,

*cuya celeste voz, de estro sagrado  
manantial fue a mi padre, y de alegría,*

y cuya dulce presencia, constante objeto de amorosas solicitudes, era no sólo el centro de nuestro pequeño mundo, sino la roca viva, la base diamantina, el cimiento moral sobre que descansaba la existencia misma del hogar, de ese hogar que, al faltar ella, se derrumbó con estrépito en la tierra, para ser reedificado en el cielo...

Hacia aquel lado, en la pieza de la esquina, hallábase la animada redacción de una primorosa revista casera, semanal e ilustrada, que aquí se editaba por los años de la pasada guerra, y de la cual varios de vosotros tenéis puntual noticia y grato recuerdo. No era *Patatín Patatán* —que tan pomposo nombre llevaba el simpático papelucho— un advenedizo, ni un ejemplo aislado, entre los Caros, de tempranas aficiones periodísticas. Preciábase el tal de bien nacido, tenía escudo de armas y pergaminos que acreditaban su procerbo abolengo. Gallar-

deaba *Patatín* nada menos que de ser nieto legítimo del *Granadino*, brillante papel que había redactado en su fogosa adolescencia José Eusebio Caro, con el brío y coraje que encendía y animaba su valiente pecho; y decíase hijo también legítimo de *La Fe*, tribuna de cultura, desde la cual, recién salido del colegio, había predicado ya con autoridad de maestro doctrinas de civilización y cristianismo el futuro director de *El Tradicionalista*.

Tenía *Patatín Patatán* el aire de familia, mas no la elocuencia de palabra ni la gravedad de continente de sus gallardos progenitores. Mostrábase el nuevo adalid risueño de rostro, petulante en el andar y en el decir verboso, pintoresco y chispeante.

Había fundado aquella revista a los diez y seis de su edad, y redactándola durante diez años, ilustrándola con su lápiz no menos inspirado que su pluma, Luis Alejandro Caro, y fue durante algún tiempo su principal colaborador, y en ocasiones el único, su hermano menor Antonio José,

*Ambo florentes atatibus, Arcades ambo  
Et cantare pares, et respondere parati... (1);*

espíritus gemelos: filosófico y profundo el uno; brillante, espontáneo y universal el otro; almas y vidas también gemelas, que habiendo lucido un punto con viva fulguración, se extinguieron repentinamente. heridas por hado implacable, cuando en ellas se fijaban las miradas con el interés que despierta la aparición de las estrellas dobles.

Seguía Luis las pisadas de su ilustre bisabuelo el doctor Tobar, haciendo por su cuenta y con fruto estudios de filosofía, derecho y latinidad; mostrábase Antonio, por sus precoces disposiciones para las ciencias matemáticas, digno nieto del gran hacendista de la primera Administración Mosquera, y reverdecía al par los laureles del cantor de *Delina*, alcanzando casi niño, ruidoso triunfo en público certamen poético. Manejaba este muchacho con habilidad el teodolito y pulsaba la lira con estro inspirado y discreta elegancia. Mas viéndole su padre preferir casi siempre éste a aquél instrumento, y las figuras retóricas y poéticas a las geométricas, solía repetirle la décima con que el patriarca literario de la familia, amonestaba a su hijo, aquel otro Antonio, bisabuelo del de ogaño y cien años mayor que él:

*No escribas versos, Antonio,  
porque eres pobre y me aflijo;  
no seas poeta, hijo,  
que es tentación del demonio;  
dedicate al ortogonio,  
y estudia bien la plancheta.*

(1)

Ambos mancebos de apostura y brío,  
Arcades ambos y émulos poetas.

(Trad. de Caro. Eg. VIII.)

*Pero él dice: Cuchufleta!  
por más que mi padre ladre,  
que le cuadre o no le cuadre,  
yo tengo de ser poeta!*

Amonestaba también al inspirado mancebo, en un curioso soneto cojo, su primo Hernando Holguín, por el hipo que aquejaba a aquél y a sus hermanos de decirlo todo en sonetos, y a esta amonestación de su superior jerárquico daba el infantil poeta valiente réplica en unas donosísimas décimas, de las que para deleite y regocijo vuestro, tomo este botón, elegido al caso:

*¡Si! la musa me aconseja  
ser implacable y ser claro:  
al doctor Holguín y Caro  
lo tengo entre ceja y ceja;  
y aunque el furor no me deja  
de la corrección cuidar,  
puede mi primo rabiar,  
que yo definiendo el soneto,  
y si es preciso le reto  
a combate singular.*

O este otro:

*Que a Roberto alguien envía  
dos palomas mensajeras;  
que enamorado de veras  
le parece estar un día;  
que uno muere de alegría,  
que otro se halla en un aprieto;  
que una chica y un sujeto  
contrajeron matrimonio; —  
todos me dicen: — Antonio,  
debes hacer un soneto (1).*

En esta polémica, como en muchas otras, una parte de la verdad estaba a favor de cada uno de los contendores. Tenía sobrada razón el doctor Holguín y Caro cuando clamaba contra lo que un escritor llama la supersticiosa manía del sonetismo; cuando reconociendo a esa difícil y artificiosa combinación métrica todos sus fueros y derechos, pedíalos iguales o no muy inferiores para sus once mil hermanas,

Desde las amplias silvas al madrigal avaro.

Ha de buscarse para cada asunto el ropaje que mejor le cuadre. Fuera de que ya la autoridad de los grandes maestros tiene consa-

(1) Estas décimas y el soneto de Holguín y Caro se publicaron en el número primero de la Revista del Colegio del Rosario.

grados algunos metros y estrofas, sientan bien a la inspiración épica los pliegues de la octava rima, y a la inspiración horaciana los graciosos encajes de la lira de Fray Luis; reclaman la epístola moral y la elegía el manto inconsútil de los clásicos tercetos, y hay un mundo de lirismos, delicadezas y fantasías poéticas que encajan a maravilla en aquellas breves y españolísimas formas en que vertieron el polvo de oro de su ingenio los autores de las comedias de capa y espada.

Y tenía también razón el mozuelo que levantaba la bandera del sonetismo. ¿No están, por ventura, vinculados el honor y el prestigio de la poesía castellana a unos pocos sonetos, a uno solo quizás, que anónimo corre, porque lo que se escribe en el cielo no se firma? (1).

¿No brillan como astros de primera magnitud, sin que hayan podido eclipsarlos las modernas pléyades, los que brotaron de las áureas plumas del músico y poeta Arguijo, de Lope de Vega, fray Luis de León, Cervantes, los dos Leonardos de Argensola, Quevedo y Calderón?

Creían los que de cerca siguieron a Petrarca ser el soneto bueno únicamente para quejas de amor y lamentos de desengaño. Pero habiéndose después ensayado en él otros temas y asuntos, advirtiéndose ser su vestidura, tejida por hábiles manos, tan elástica que en ella caben, sin holgura ni estrecheces, así lo grande y ruidoso como lo pequeño y discreto; por lo cual se eligió de tiempo atrás esa forma como la más perfecta y adecuada para servir de arma de la sátira y aguijón del epigrama, de llave de la historia, lengua de la filosofía, espejo de la naturaleza, flor de domésticas ternuras, copa del amor profano y escogido vaso del divino.

Arrastrado anduvo el soneto por las descoloridas y prosaicas callejas del siglo XVIII, o tan pobre o ridículamente vestido, que de él se alejaron los poetas y le perdieron de vista las gentes. Todavía en los albores del pasado era mirado con desvío. Si le conocieron no le trataron ni Quintana, ni Zorrilla, ni Espronceda, ni Bretón y el gran Bello sólo le sentó a su mesa una vez para celebrar el triunfo de Bailén.

Ya entrado el siglo XIX algunos atrevidos ingenios, imitando a Saint Beuve cuando dijo:

*Moi, je veux rajeunir le doux sonnet en France,*

iniciaron la reacción, tímidamente al principio. Así fue el soneto poco a poco recuperando sus antiguos dominios y perdidos derechos, y hoy en día, cultivado con amor por los veteranos del arte, reina él en casi todas las literaturas como un príncipe magnífico de rancia estirpe, aristocrática belleza y perenne juventud.

Es este un fenómeno literario harto curioso, porque es bien sabido que cada país tiene, como sus costumbres y sus trajes, sus formas poéticas peculiares, sus estrofas típicas, tan desemejantes entre los diferentes pueblos como son sus lenguas mismas. De ahí principal-

(1) Refiérome a aquel soneto atribuido a santa Teresa que empieza: No me mueve, mi Dios, para quererte, etc.

mente que casi nunca pueda ser traducida una poesía en el mismo metro del original. Los tercetos italianos no han arraigado en Inglaterra, ni en Francia el verso blanco de Shakespeare, ni en España los alejandrinos pareados. Las célebres décimas de Calderón de la Barca en *La vida es sueño*, han sido vertidas a muchos idiomas, pero nunca, que yo sepa, en esa lindísima estrofa espinela que ha sido en nuestro parnaso flor y cifra de gracias, donaires y agudezas. El soneto, por el contrario, por una virtud propia maravillosa, que debe estar precisamente en su extraña contextura, en lo que pudiéramos llamar su aparente deformación física, ha logrado aclimatarse con ligeras variantes, en casi todos los países cultos y dondequiera que existe el sentimiento de lo bello.

Decía el obispo Godeau, poeta del siglo XVII, refiriéndose al soneto, que no es dado al ingenio humano alcanzar su perfección, porque su reino no es de este mundo. Y Boileau, en su arte métrica, luego de establecer en felices versos las reglas relativas al soneto, agrega:

Un sonnet sans défaut vaut seul un long poème.  
Mais en vain mille auteurs y pensent arriver  
Et cet heureux phénix est encore á trouver... (1).

Habiéndose entrado esta cuestión naturalmente en mi discurso, y siendo reglamentario en los de recepción tratar, siquiera sea solamente, algún tema literario, voy a permitirme agregar algunas reflexiones y apuntar, con timidez y desconfianza, algunas de las condiciones a que, a mi juicio, ha de atender el sonetista, de la antigua o de la moderna escuela, que aspire a invalidar la opinión del preceptista francés. He de referirme en lo que sigue a los sonetos de mi padre por ser los que mejor conozco, y porque he creído hallar en algunos de ellos —si el amor no me ciega— aquella nota de perfección que negaba Su Ilustrísima a toda composición de catorce versos.

Manejó mi padre esa forma métrica casi desde su infancia. Una de sus primeras poesías es un soneto a sus compañeros de colegio, que ya le acredita de fácil y elegante versificador. Allí hablando de sí mismo, declara que

Morirá joven el infausto Caro,

y cincuenta años después aquel mal profeta aun daba larga muestra del vigor y frescura de su inspiración, y alcanzaba, con un soneto a la Virgen y otro a Dulcinea, en competencia con los más visibles corifeos de la nueva generación poética, los honores del triunfo. El último de estos sonetos movió entonces ardiente polémica literaria por haberse presentado con la visera calada el andante caballero que tales flores depositaba a los pies de la alta y soberana señora del de la Triste Figura.

---

(1) Mas ¡ay! que inútilmente mil poetas — Al premio aspiran. El soneto es fénix — Que aun está por hallar... (Trad. de Arriaza.)

Durante esos cincuenta años fue el soneto para mi padre como un viejo amigo de la familia, a quien se complacía en comunicar, abriéndole el pecho, sus más íntimos y hermosos pensamientos, sus entusiasmos juveniles, sus vespertinas meditaciones, sus penas y alegrías, templadas éstas a veces por melancólicas reflexiones, bañadas aquéllas y embellecidas siempre por la fe cristiana, por la confianza en Dios. La colección de sus sonetos no es otra cosa que un itinerario de su vida moral y afectiva, una biografía de su corazón, dividida en capítulos que llevan los nombres de sus magnos amores: la Religión, la Patria, la Familia, las Letras, la Naturaleza. En la portada de ese libro hay esta invocación al soneto:

AL SONETO

*Honor de los alados instrumentos!  
Tú, lo más bello que de oriente acaso  
Vio el peregrino suspendiendo el paso.  
Nadar süave en los delgados vientos!*

*Flor y luz de gallardos pensamientos!  
Cifra de la esbeltez! Mágico vaso,  
Labrado por los dioses del Parnaso,  
Y el más breve y feliz de los portentos!*

*Tú, en edad de heroísmo y bizzarria,  
Gloria de los errantes trovadores,  
Delicia a la beldad que te escogia!*

*Copa gentil, permite que de flores  
Te corone también la diestra mía,  
Y en ti el labio encendido libe amores!*

El pequeño volumen de poesías que dio a la estampa en 1865 contiene ya algunos sonetos. Era mi padre entonces el único que entre nosotros cultivaba con seriedad esa flor maravillosa de catorce pétalos que hoy cubre y esmalta el territorio lírico de la patria, con exclusión casi absoluta de toda otra planta poética. Hojeando nuestras antologías puede seguirse fácilmente, y no sin provecho y gusto, la historia del soneto en la heredad colombiana. En la colección del *Parnaso Granadino*, formada por Ortiz en 1848, y en la *Lira Granadina*, compilación hecha en 1860 por Vergara y Vergara y José Joaquín Borda, aparecen unos pocos sonetos, que ya para aquella época eran de antigua data: *Al Chimborazo*, de J. E. Caro; *Mi Asilo*, de Vargas Tejada, y dos o tres más de poetas que pertenecen, por su nacimiento al siglo XVIII: don José Fernández Madrid, el cantor de *Amira*; don Andrés María Marroquín, versificador ya elegante, ya desmayado, autor del célebre canto *Al Chocolate*. Don José Manuel, sobrino del anterior, figura en la *Lira Granadina* con un soneto de corte castizo y de índole picaresca y festiva, titulado *Su Nombre*, y dedicado *A mi Amada*, el cual, bautizado después *A Melchora*, y acompañado de otros dos *A Gaspara* y *A Baltasara*, se encuentra en

el primer tomo del *Parnaso Colombiano*, 1867, lindísima edición que, por su reducido tamaño y por la nitidez y pulcritud tipográficas, es una de las joyas que debemos al diligente esmero y buen gusto del impresor don Foción Mantilla.

En los años que siguen inmediatamente, sólo aparece el nombre de mi padre como sonetista, con *Belleza ideal*, *Pro senectute*, y otros para mí no menos admirables. Dos muy bellos de Roberto Narváez, de un clasicismo romántico; uno místico del suavísimo don Belisario Peña, y alguno otro de Fallon, ornan las páginas del nuevo *Parnaso Colombiano*, que compiló en 1880 el señor Julio Añez; y en la *Antología de Isaza*, 1892-96, se alzan ya como monolíticas creaciones, *Patria* de Caro, y la soberana traducción de Pombo *El despertar de Adán*, de Blanco White. En pos de éstos vinieron dos insignes maestros del soneto: Casas y Gómez Restrepo, seguidos de cerca por la solitaria y romancesca figura de Julio Flórez y por la del trovador payanés, capitán éste de una legión de sonetistas que en breve espacio consumaron la invasión, la conquista y el dominio absoluto. En el *Parnaso colombiano*, que seleccionó el español don Eduardo de Ory, con tan buena voluntad como poco tino y discernimiento, y que sin año de impresión se publicó no ha mucho en Cádiz, he podido contar, sobre algo más de una centena de poesías, ¡noventa y cinco sonetos! Y hoy día no existe para los poetas colombianos otro metro ni otra forma, como lo patentizan los periódicos y revistas que acogen versos, y las últimas colecciones de poesías que han salido de nuestras prensas.

Bien está que así sea. Pero a condición de que no olvidemos que el soneto no es una bagatela poética, ni un juguete retórico, ni un medio de expresar armoniosamente emociones que sólo nos han rozado con sus alas. El soneto es un instrumento nobilísimo destinado a acompañar los sentimientos graves y profundos, en las horas solemnes de la vida, en los silencios que dejan tras sí las grandes tribulaciones o las supremas esperanzas. Los verdaderos poetas, conscientes de su misión, se acercan al soneto con reverencia y temor, como a piedra santa, para depositar allí lo más exquisito y acendrado de sus inspiraciones, para engastar en ese broche precioso las joyas más valiosas de la imaginación o las perlas más puras del alma, esas que cuajan lenta y silenciosamente en los senos profundos de los mares interiores...

¿Y cómo se obra el prodigio? ¿Cómo procede el artífice a hacer el engaste de la creación interna en ese breve y feliz portento de la métrica provenzal? ¿Qué regla sigue en la distribución del pensamiento en los catorce renglones? Un poeta inglés, J. Watts, autor de un estudio sobre el soneto, aconseja que se introduzca el asunto de suerte que la onda poética tenga como un flujo y reflujo, debiendo alcanzar su mayor altura al terminar los cuartetos, para resbalar luego sobre los últimos versos hasta extinguirse suavemente. En muy pocos sonetos castellanos he visto seguido este consejo, dirigido principalmente a los ingleses. El distinguido crítico y poeta francés Augusto Dorchain, en un primoroso tratado sobre el arte de versificar,



dice que el soneto, por ciertas cualidades que le son peculiares y por su marcha progresiva, tiene mucho de una pieza dramática en tres actos, y que en tal virtud ha de haber en él *exposición, acción y desenlace*, debiendo terminar éste con un rasgo que, por la originalidad y valentía de la idea o imagen, o por la belleza misma del verso, sobrenada y sorprenda.

Ingeniosa y exactísima pareceme esa teoría como puede comprarse analizando a su luz los sonetos que la fama ha consagrado, así en francés como en castellano.

Oigamos a este respecto la opinión de mi padre. En un soneto dirigido a un voluntario de la poesía, fija estableciendo doctrina, algunos principios de método. Dice así:

*Concibe un pensamiento interesante,  
Divídelo en secciones convenientes,  
Y di, sin que en detalles pares mientes,  
"Esto al fin, esto al medio, esto adelante".*

*Si algún verso te ocurre, aunque distante,  
Que exprese con donaire lo que sientes,  
Edifica sobre él los precedentes  
Si a rípio no te obliga el consonante.*

*Si la rima es forzada, cambia todo;  
Acá y allá, de un modo u otro modo,  
Rectifica hasta hallar la forma pura.*

*Con los dedos, en fin, el barro blando  
Cabeza y miembros varios ve sacando,  
Hasta dejar perfecta la figura.*

Algunos versificadores modernos, si la rima es forzada, prefieren, antes que cambiarlo todo, sacrificar la forma clásica petrarquesca, haciendo que no concuerden las de uno y otro cuarteto (1).

Talvez por este medio lógrase alguna mayor libertad y desembarazo en los movimientos, pero el soneto, desfigurado, pierde su fisonomía propia, su carácter, su personalidad. Porque uno de sus rasgos esenciales, al par que uno de sus mayores encantos, está justamente en aquella igualdad del tono melódico, en aquel corresponderse simétricamente los sonidos de esas campanillas de cristal que se cuelgan al cabo de las líneas, y que son, no sólo un regalo de la vista y del oído, sino un verdadero deleite intelectual. Paréceme

---

(1) Sonetos libertinos llama Maurice Donnay a estos de moderna invención en que no concuerdan entre sí las consonantes de los cuartetos, y que son una imitación mal hecha de una de las formas que se usan en Inglaterra, donde se ha modificado la estructura del soneto para poder acomodar su condición al genio de esa lengua mal avenida con el difícil juego de las rimas y con la libertad y amplitud del terceto neo-latino. Hoy día prevalecen en Inglaterra, en esa materia, tres formas diferentes: la spenceriana (ABAB BCBC CDCD EE), la skakespeariana (ABAB CDCD EFEF GG), y la petrarquesca.

que, tratándose de una composición como ésta, grave y reposada por naturaleza, no han de ser las rimas tan ricas y escogidas que puedan torcer el pensamiento del autor o desviar la atención del lector, u obligar a aquél a quebrar la armonía de los cuartetos; ni tan pobres, opacas y plebeyas, que rebajen y humillen las ideas y acusen, cuando menos, incuria o poco esfuerzo por parte del poeta. Han de elegirse los consonantes entre los de buen linaje y mucha sonoridad, harto abundantes en nuestro léxico lírico, y ha de procurarse que encajen al extremo de los versos con gracia y naturalidad, mas no sin que se advierta, una vez u otra, alguna dificultad atrevida y airosamente vencida.

Don Diego Fallon, en carta dirigida al señor Caro, cuando éste publicó la primera edición de su *Oda a la estatua del Libertador*, apunta, entre las que él considera condiciones necesarias para que una poesía pueda colocarse en primera línea, la que sigue:

“Solidez (arquitectónica). En una estrofa bien hecha, la importancia, o gravedad de cada palabra, y la conexión de unas palabras con otras, han de ser tales que el todo forme una sola pieza de roca viva. Y luégo: si aquellos vocablos en que estriba el valor ideológico de cada frase son al mismo tiempo los que sirven de rimas, sube de punto el prestigio de la forma poética. En una estrofa que aspire a la perfección, cada palabra importante debe ser como la carnada que se fija en el travesaño de una trampa de número cuatro; esto es, que basta intentar sacarla del sitio en que está enclavada, para que venga abajo el armadijo entero.”

Aplícase este precepto a toda composición poética, por extensa que sea, y ha de tenerse, por tanto, muy en cuenta en una tan breve como el soneto en el cual, por razón de su pequeñez y armonía de proporciones, toda imperfección o descuido resalta y se hace visible, como dura o trémula pincelada en tersa miniatura.

Aún mayor esmero, si cabe, ha de haber en la elección de los epítetos, cuyo temple y alcance ha de medirse y estudiarse maduramente por ser ellos como el nervio del organismo de un soneto. Ved un ejemplo: en el famoso de Argensola *Al sueño*, se encuentra este verso:

*O al sobornado siervo el hierro oculto;*

endecasílabo admirable que, tanto por la concisión y vigor rítmico como por el feliz escogimiento de los epítetos, sugiere, más que una página en prosa, todo un plan tenebroso de intrigas y traiciones.

Es fama que Petrarca dedicaba un día de cada semana —el viernes— “al lento y agradecido trabajo de la lima”, a pulir una sustancia, a consultar la propiedad y fuerza de algún epíteto. El ya citado autor francés del *Arte de versificar*, refiere que Heredia solía dejar dormir un soneto más tiempo que el prescrito por Horacio, por no satisfacerle algún epíteto que en él había y que el poeta consideraba no ser el propio, el único que en determinado lugar entraba y movía los resortes como llave adecuada de cerradura Yale. Y a este propósito agrega: “Os diré cómo tuve yo un día la dicha, de que

me enorgullezco, de dar con uno de esos vocablos que, no hallado, nos hubiera privado de una de las joyas de la colección de *Los Trofeos*. Tratábase del soneto titulado *Tranquillus*, alusivo a la ciudad natal de Suetonio. El texto reprobado corría así:

—C'est là  
Que l'ont hanté Néron, Claude, Caligula  
Et Messaline errant sous la stole pourprée....

“*Errant* —me decía el maestro— no expresa fielmente la ver-güenza de la emperatriz que frecuenta los inmundos lugares de Suburra. Así no puedo darlo a la *Revista de Ambos Mundos*. Ayúdeme usted a buscar un epíteto más adecuado, y yo en cambio procuraré corregir un verso desgraciado del poema que acaba usted de leerme. Dos horas después un telegrama me traía tres felices variantes de mi pobre verso, y Heredia recibía de mi parte un despacho en que le proponía la siguiente lección, que es la definitiva:

“*Messaline rôdant sous la stole pourprée....*”

En los manuscritos de mi padre que he tenido a la vista, se encuentra a veces, no con frecuencia, algún epíteto tachado y reemplazado por otro que, tachado a su vez, ha sido sustituido por uno nuevo. Y por la mayor o menor firmeza del pulso, y por alguna variación en el carácter de su española letra, puede colegirse el tiempo que hubo de mediar entre una y otra corrección, y la consiguiente profunda meditación y detenido estudio.

Recurso poético de mucha fuerza y eficacia en el soneto, es la armonía imitativa, y a las veces, usada con discreción, la armonía onomatopéyica, y la aliteración. No le es imposible al poeta por medio de cadencias rítmicas y sutilezas de elocución, formar una música de palabras tan consonante con las de las ideas, que una con otra se identifiquen, y compongan un todo de alma y cuerpo, armónico e inseparable. Lástima grande que esta belleza métrica que tanto realce da a la poesía, haya sido casi olvidada por los tratadistas de la materia; de suerte que puede asegurarse que su acertada aplicación en esta o aquella composición, con raras excepciones, más bien es resultado casual o instintivo que fruto de deliberado y reflexivo estudio. Como ejemplo del feliz consorcio mental y la vestidura poética, citaré un lindísimo soneto de mi padre:

#### SUAVIDAD

*Suave es el aura que tu labio espira,  
Suave tu sonreír, suave tu acento;  
Suave tu seno alzado: al manso viento  
Tu süave cabello en ondas gira.*

*Todo es süave en ti. ¿Quién no te admira,  
Astro de paz, en dulce arrobamiento?  
¿Qué corazón no siente, cual yo siento,  
La suavidad que tu presencia inspira?*

*Tú, violencia sùave; yo instrumento  
Dócil: todo mi ser como una lira  
Móvil responde a tu sùave aliento.*

*Ni en sombras, ni entre sueños se retira  
De mí tu suave luz, y el pensamiento  
Con ficciones suavísimas delira.*

Merced al empleo de sólo dos rimas, sostiénese toda esta composición en una media tinta de suavidad y discreción, que aún se hace más tenue en el último verso, por la reiteración de la *i*, la más débil y delgada de las vocales, cinco veces repetida y dos acentuada.

Mas no sólo por medio de la aliteración alcanza nuestro autor sorprendentes efectos. En el soneto *Pro senectute* —que por ser uno de los suyos más pulcros y esmerados, voy a permitirme recitaros íntegramente— hay dos versos, el 12º y el 13º, en que la simétrica y paralela distribución, de las partes de la oración, de las pausas, de los acentos, y aun de los signos ortográficos, da la sensación de la fatigosa pero rítmica respiración de quien va llegando a coronar la altura.

PRO SENECTUTE

*Tú, que emprendiste bajo albor temprano  
La áspera senda con ardiente brio,  
Y hora encorvado y con andar tardío  
Rigiendo vas el báculo de anciano!*

*Torpe el sentido y el cabello cano  
No te acobarden, ni en sepulcro frío  
Contemples con doliente desvarío  
De rápido descenso el fin cercano.*

*Fúlgida luz la vista te oscurece;  
Argentó tu cabeza nieve pura;  
Cesas de oír porque el silencio crece.*

*Te encorvas, porque vences la fragura;  
Anhelas, porque el aire se enrarece:  
Llegando vas a coronar la altura.*

Otro ejemplo digno de atención ofrece el siguiente cuarteto del soneto a la divina gracia:

*Cual junco dócil o flotante nido,  
A merced de las olas y del viento,  
Leve, sin alas deslizarme siento  
En nebuloso piélago perdido.*

La elección del ritmo y los acentos y aun más que todo el movimiento de la partícula *me*, enclítica a la vista, proclítica al oído, tienen algo del deslizarse, del *planer*, que dicen los franceses.

Muchos otros primores y donaires de este tenor pudiera aducir, mas tiempo es ya de hacer pie en el del soneto. Leyendo seguidamente los de un mismo autor, se advierte, dentro de la natural variedad de ritmos y temas, alguna nota o rasgo que les es propio y característico, y que se hace generalmente más perceptible en el último verso. ¿Quién que alguna práctica tenga en estos achaques, no distingue un verso postrero de Argensola de uno de Lope de Vega, uno de Ricardo de León de uno de Villaespesa, uno de Gómez Restrepo de uno de Casas? Sobresale Caro en este punto por una sobria elegancia unida a una castiza originalidad, y por la maestría con que maneja algunos tipos rítmicos, muy propios para rematar un soneto. Cuando la idea final cabe en el estrecho espacio de dos o tres palabras, válese frecuentemente nuestro autor de aquel brioso endecasílabo que descansando y como tomando aliento en la sexta sílaba, se apoya luégo en la séptima para levantar gallardamente el vuelo:

*¿Qué es la tuya entre tantas amarguras?  
Por la sangre de un Dios purificada,  
Del copioso sudor sólo una gota.*  
("La oración del Huerto").

*O reclinados en la tarde popa,  
De noche ven desconocido cielo  
Y surgir de la mar nuevos fanales.*  
("Los Conquistadores").

Otro recurso tan elegante como nuevo, pues no recuerdo que otro poeta lo haya usado, es el siguiente:

*Maravilloso el dón de la aldeana  
Vive, y esparce perennal perfume*  
("En un álbum").

*Con ímpetu furioso y ruido vano,  
Así la tempestad sobre mi frente  
Pasa, y apenas mi cabello agita.*  
("El viento").

Consiste la hermosura y fuerza de este final en el paso rápido del penúltimo al postrer verso, en la pausa de éste luégo de la segunda sílaba, y en la introducción del último hemistiquio por medio de la conjunción seguida de vocal. Nótese la diferencia entre el verso que acabo de citar y este otro, en que he conservado las mismas pausas y acentos y casi las propias palabras:

Pasa, mas sólo mi cabello agita.

Suele a veces el autor cortar el último terceto por la mitad, como en aquel celebrado ya por Pereda, en la *Oración del hombre público*:

¡Oh Dios! A los asaltos de la ira  
Cierra mi corazón, y en lance extremo  
Prefiera yo el martirio a la venganza.

No quiero insistir. No siempre es dado descubrir la razón de la belleza, los resortes del éxito. Tienen los poetas un poder secretísimo, un don de la naturaleza, que escapa, aun en los detalles, al escalpelo de la curiosidad y al ojo de la crítica.

Gracias a este arte personalísimo, puesto al servicio de aquel soplo abrasador de lo alto que llamamos inspiración, la cual, con rara fidelidad, hubo de acompañar a nuestro autor desde la aurora de su primera juventud hasta los límites de su glorioso atardecer, logra el sonetista colombiano seducirnos y arrastrarnos, a un tiempo mismo, con la magia de sus palabras y con la celeste música de su pensamiento.

\*

\* \*

Discípulo amado de mi padre en esta y otras artes y ejercicios, y visitante asiduo de mi viejo hogar, hoy deshecho, al amor de cuya lumbre tuvo siempre señalado puesto, fue Hernando Holguín y Caro. De él debiera yo hablaros ahora, haciendo con cariñoso esmero su semblanza. ¡Mas ay! las copias que he sacado del recuerdo purísimo suyo que llevo grabado muy adentro, o infiel o pálidamente lo reproducen. Vélanse las placas fotográficas, porque la imagen que reciben es demasiado diáfana y luminosa.

Sin embargo, no pudiendo dejar de cumplir con un deber para mí sagrado, he de contentarme con señalar torpemente y como por encima, algunos de los aspectos de su fecunda actividad, y con detenerme un momento en este o aquel sombreado recodo del camino de su vida.

Habíase iniciado el doctor Holguín en la carrera literaria, allá en sus mocedades, con buena preparación y esmerado cultivo, publicando en asocio de dos amigos suyos que lo han sido hasta la muerte, y aún más allá, un periódico que llevó el nombre del azaroso y desquiciado siglo en que vivimos, si bien por su espíritu y doctrina pertenecía al siglo XIX, y al de Lope y Calderón por la donosura, gracia y viveza de las plumas que le servían.

Publicó en ese periódico nuestro amigo sus primeros ensayos literarios y políticos y las primicias de su ingenio poético, las cuales, por ricas en promesas, duéleme confesar que defraudaron esperanzas. Su producción en este departamento fue escogida, pero hartó escasa. Arrancó al arpa mística dulces y delicadas notas, y nos dejó un pequeño ramillete de sonetos de primorosa factura y blando perfume. Apasionado de las musas, conocedor profundo de los secretos de la versificación, y dotado de exquisito gusto y acaudalada memoria, talvez no le faltó para ser gran poeta sino haberse llamado al revés, es decir, Caro y Holguín.

Desde que por primera vez aparecieron en la firma enlazados estos dos apellidos, pugnaron ellos por inclinar a quien con tanta honra sabía llevarlos, éste a las pacíficas sendas de la erudición, a los santuarios de la filosofía y a los umbrosos boscajes y húmedas grutas donde las musas moran; y el otro a la ardiente arena, al tu-

multo de la plaza pública, a las generosas lides de la prensa y a los viriles torneos del parlamento.

Triunfaba el paterno mientras el hijo residía en esta capital, centro el más sensible del excitable cuerpo social y político. Pero llevaba ventajas el materno cuando, despojándose vuestro colega de fastidiosas ocupaciones, buscaba sabrosa holganza en su campestre retiro de Suesca, donde, si no cultivaba las heredadas hanegas de sembradura, disfrutaba de aquel sosiego ensalzado por Cervantes como parte para que el ingenio se muestre fértil y las musas fecundas.

Holgábase allí nuestro amigo, casi siempre en compañía de alguno suyo, dando esparcimiento al ánimo y solaz a la inteligencia, en eruditas pláticas y amenas lecturas, y en aquellos estudios de que nos habla Cicerón, que nos acompañan en el bullicio de los viajes y en la soledad de los campos, y que son alimento de la juventud, recreo de la vejez, gala y ornato en los felices días y refugio y consuelo en los adversos. Entregábase por entero a la contemplación de la naturaleza, dando de mañana y tarde largos paseos por las risueñas márgenes del Bogotá, que le vieron, una vez y otra, abrir las repletas arcas de su privilegiada memoria poética —especie de antología en muchísimos tomos— y recitar echando atrás el busto y con voz fuerte y un poco cantante, centenares de apretados endecasílabos, que se transmitían unas a otras, por medio de sus ágiles ecos, las rocas milenarias.

Eran aquellos ocios, de que tan gustosos frutos sabía el doctor Holguín sacar, graciosa concesión de un dios a los afortunados moradores de aquella heredad, según puede leerse en hermoso verso virgiliano, sobre el ancho soportal de la casa hospedadora de San Carlos. Pero una diosa —la de la Política— encarnada en esotra tendencia de que antes hablé, sólo permitía muy de tarde en tarde y por breves días a su fidelísimo adepto tomarse aquellos asuetos del cuerpo y del espíritu, y gozar de aquellas caminadas, pláticas y lecturas a la sombra de los gemidores eucaliptus de Suesca.

Plumas muy competentes han estudiado ya la labor del doctor Holguín y Caro en el campo de la política. Mal podría hacerlo quien, como yo, ha vivido siempre apartado de esa deidad. No lo acompañé, pero pude desde mi retiro seguirlo en sus brillantes campañas. Nunca le perdí de vista ni dejé de admirar cómo resaltaba el blanco penacho del paladín bogotano sobre el fondo de nuestras disensiones domésticas.

Lo vi, siendo yo niño y él mozo, descolgar el hazañoso escudo de su padre, no tomado de la herrumbre como el de don Quijote, empuñar la poderosa lanza, y puestos los ojos en Dios y en la patria, meterse por los revueltos y cenagosos caminos de la política, bien así como se meten en el mar los ríos de hondo cauce, sin que en muchas leguas adentro se mezclen y confundan sus aguas con las amargas olas.

Le vi señalarse desde las primeras salidas, así por su desnudo y bravura, por su destreza y valentía, como por la cristianísima condición de sus sentimientos, que le llevaban a cerrar las heridas que

abría su lanza antes de que el contrario hubiera sentido el golpe, según la caballeresca usanza de la política española, al decir de Olózaga. Lo vi en horas de prueba, tomar a su cargo el desempeño de peligrosas comisiones, la dirección y mando del atrevido ataque, la defensa del amenazado baluarte, la custodia y guarda de los sagrados tesoros, y en los días de bonanza, mientras muchos de sus conmlitones se entregaban al sueño o al descanso, lo vi no concedérselo a su fatiga, ni darse punto de reposo, y recorrer el campamento, visitar las fortalezas, encender el ánimo y la fe en los pechos vacilantes, concertar los esfuerzos y estimular las actividades. Le vi enseñar a los voluntarios el manejo de la lanza, y a los nuevos armados caballeros las leyes y la historia de la Orden, los severos preceptos del honor y el santo culto de la patria y de sus héroes.

Con ser muchos y graves los deberes y atenciones que solicitaban en todo momento la suya, no eran tántos, con todo, que no le concedieran algún espacio para dejar a las veces el arma del político y tomar la pluma del literato o la lira del poeta. Así, en una tregua, precedida y seguida del fragor de la pelea, presentóse a reemplazar a su padre como individuo de número en esta ilustre Academia, a cuya puerta, sacudiendo el polvo del combate, había dejado su espumoso caballo de guerra para volverlo a montar a la salida.

Reconoció la patria en buena hora y premió con justicia sus servicios. Enviado en 1912 por nuestro Gobierno en misión diplomática cerca de los de Francia y España y como representante de la República en las fiestas centenarias de la Constitución gaditana, presentóse Holguín y Caro en el viejo mundo, agregando por derecho propio a este carácter oficial otro más íntimo y hermoso: el de embajador o legado especial cerca de la civilización europea de la tradicional cortesanía e hidalga cultura bogotanas. Al modo que los Argensolas, aragoneses de origen, fueron considerados siglos há en la mismísima Castilla como insuperables maestros de castellano, así nuestro diplomático, oriundo de esta selvática América, fue tenido en la corte del rey culto y caballeroso por excelencia, como modelo perfecto del caballero cabal.

Sabia escuela, harto bien aprovechada, fue para nuestro compatriota aquella permanencia de tres años en la Europa de la paz y de la guerra. Los viajes, las excursiones científicas y artísticas, el estudio directo, en sus fuentes, de los grandes problemas políticos y sociales, morales y religiosos; el roce o la amistad con altos y clarísimos ingenios, y el cultivo de las letras en un medio propicio y en una época como la que precedió a la guerra en que, para dicha del espíritu, aún vivían Faguet, Lemaitre, Boutroux, el conde de Mun y Rostand; todas estas felices circunstancias fueron para el viajero colombiano como otros tantos raudales de instrucción y doctrina que, cubriéndolo de magnífica pompa, regaron largamente el fértil y bien abonado terruño de su cálida inteligencia.

Preparado así a más nobles designios y hazañas, remozados sus bríos, levantado el pulso y temple de su sangre generosa, apartó el doctor Holguín un día los ojos de los tenebrosos horizontes europeos



y revolviéndolos a los claros y risueños nuéstrros, regresó a su patria. Vino a ocupar el puesto a que le empujaban sus dos apellidos, los cuales, si antes parecieron solicitarle en direcciones contrarias, habiéndose encontrado luégo en un mismo campo, se unían a la sazón en pro del ilustre vástago para levantarlo, iluminarlo y sostenerlo.

Presentóse entonces Holguín y Caro a la admiración pública ejerciendo el doble señorío de la política y de las humanidades. Renovaba en esta esfera las glorias de sus inmediatos antecesores y seguía de lejos el ejemplo de insignes magnates y estadistas españoles de todos los tiempos, desde los pintorescos y ya remotos de don Juan II hasta estos modernísimos de don Alfonso XIII. Vuestro colega, al modo del célebre Marqués de Santillana, en medio de las prolijas atenciones de los negocios públicos, robaba algunos momentos para componer piadosas trovas en honor de la santísima Virgen; y le vimos, como Martínez de la Rosa, Cánovas y Maura, regir con desembarazo, en amplia y hermosa escena, el brioso corcel de las arengas populares, y guiar con firme mano el grave carro de las oraciones académicas.

A esa época de su vida pertenecen sus más brillantes artículos de polémica, sus mejores escritos, históricos y literarios, sus más elocuentes discursos. Aún están frescos en nuestra memoria los rotundos períodos con que celebró la gloria de los mártires de la Independencia, y de aquel otro mártir de nuestros odios políticos. Aún no se ha olvidado la erudita disertación filosófica con que se presentó a las puertas de la Academia de Jurisprudencia, y la calurosa bienvenida que dio a uno de vosotros en este mismo salón.

Para elogiar yo dignamente la obra de mi sabio antecesor, en su múltiple aspecto de literato y filósofo, de avisado político, prudente legislador y hábil piloto de nuestras relaciones exteriores, habría menester la pluma de oro con que él mismo trazó aquel interesante estudio sobre Gambetta, que bien puede titularse: un capítulo que se le olvidó al doctor Núñez, o aquel otro profundo sobre el propio Núñez, que puede llevar por epígrafe: una página que debió escribir el señor Caro.

Si en este doble carácter de estadista-literato talvez no alcanzó mi docto amigo adonde llegaron algunos de sus mayores, por otros aspectos brilla y se destaca su figura en nuestra historia con señera y peregrina originalidad. Porque en él se hermanaban gentil y honestísimamente excelsas virtudes, cualidades y aficciones que suelen de ordinario estar divorciadas. Aires tenía, porte y maneras de grande y magnífico señor, que provocaban a darle título de merced o excelencia, y era en su trato ingenuo, festivo y amable como otro no he conocido. A su gusto por las cosas del mundo juntaba su pasión por las del cielo; a su deleite por los profanos estudios y atrevidas lucubraciones intelectuales, su encanto por las místicas lecturas, por los candorosos relatos de vírgenes y santos. Era a un mismo tiempo hombre de acción y hombre contemplativo. Veíasele a veces dejar la turbulenta tribuna desde la cual su palabra poderosa, entre el aplauso de los propios, había llevado el desconcierto a los contrarios, y

refugiarse en callada capilla, donde sumisa la voz, devota la actitud, derretíase con el divino Maestro en mieles de delicadezas y ternuras. Quienes con él compartían el peso de graves y enojosas faenas políticas, mal entendían cómo tan activo y diligente servidor público podía emplear la mejor parte del día en el ejercicio de las santas disciplinas y deberes, en la práctica de las obras de misericordia, en visitar a los enfermos, vestir al desnudo, enseñar al que no sabe, y en llevar a la dilatada prole de afligidos y necesitados, con el rayo de sol de sus consuelos, la benéfica lluvia de sus limosnas.

Y este contraste, que por de fuera y en sus actos así se patentizaba, resplandecía de idéntica guisa en el fondo de su ser, pues andaba su corazón como vestido con el burdo sayal del penitente, y mostrábase su espíritu, siempre y dondequiera, ataviado de punta en blanco.

¿Y qué deciros de su alma? ¿Qué de esas floridísimas campiñas adonde tantas veces conduje los rebaños de mis sentires y pensamientos? No sabré hablaros ahora de sus excelencias, maravillas y hermosuras, porque aún no ha bajado la inundación de mi dolor cuyas aguas todo lo cubren y envuelven.

Tampoco sabré contaros lo que fue el hijo, el hermano, el esposo. Ese tema es de los que se tratan en el santuario del hogar con voz temblorosa y húmedos ojos. De lo que fue el deudo, el compañero, el amigo, sólo puedo deciros que su recuerdo se halla tan íntima y dulcemente ligado a todos los actos y circunstancias de mi vida, que no me es dado llamar a ninguno de los departamentos de mi corazón sin que él sea uno de los primeros que acuden a abrirme y uno de los últimos que me despiden en el umbral. Guía, mentor y consejero mío admirable, los pocos escritos que he dado a la estampa tienen enmiendas y correcciones de su mano, y mis pobres versos llevan su *Imprimatur*. Aún hoy mismo, si me atrevo con asombro de muchos, a presentarme ante vosotros en esta tribuna, débese a que su voz se ha unido a la de otros amados ausentes, y a que él mismo, acallando mis escrúpulos, me ha traído como de la mano hasta aquí, haciéndome sentir,

La presión suave, la atracción potente....

Recibid, señores Académicos, la expresión de mi larga y profunda gratitud por el honor grande que me habéis hecho, enaltecido mi pequeñez y cubriendo con rico manto mi pobreza. Concededme en esta vuestra casa un puesto humilde, escondido y no visible, que en él me hallaréis siempre dispuesto a obedeceros y pronto a servirlos; pues no será que, después de haber rondado sin descanso estos sitios como fiel terranova, se vea que de ellos me aparte, o abandone un momento el sagrado recinto, rincón de mis antiguos lares y patria de mis afectos, donde no há mucho que se alzaba esa mi casa paterna, que fue durante diez años favorecida de modo visible por la mano de Dios, visitada no sin frecuencia por el Cordero divino, e iluminada con un lampo de su sabiduría por el Espíritu Santo.